

MANIFIESTO

DE CADIZ.

SEMANARIO ILUSTRADO

DIRECTOR:
ANTONIO MILEGO (PHILOS.)

Redacción y Administración: ALAMEDA, 14, 1.º

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN
En Cádiz.

Un mes 1 peseta.
Trimestre 2'50 >
Número suelto. 0'25 >

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN
Fuera de Cádiz.

En la provincia y resto de España (Semestre, 6 ptas
Año, 10 >
Extranjero y Ultramar. Id. 15 >

Gaditanos Ilustres

Excmo. Sr. D. José M.^a Rancés

Leyendo la hermosa obra del Padre León y Domínguez, titulada *Recuerdos Gaditanos*, magnífico arsenal de datos y noticias para los aficionados a la Historia, saludable fuente de enseñanza para los que quieren evitar errores, y manantial prodigioso de virtudes para los enfermos del alma, en aquel conjunto de vidas ilustres, en que la justicia brilla sobre el cariño, y el cariño, fué el primer impulso del autor, amador y amante de su tierra, de sus hombres y de sus costumbres; leyendo ese libro admirable, conocí, tuve la honra de conocer, al ilustre gaditano que hoy ocupa la Sede episcopal de la Diócesis, al Excmo. Sr. D. José M.^a Rancés y Villanueva.

En Cádiz nació el virtuoso varón que há pocos días entraba triunfalmente en el pueblo de su cuna, elevado por sus talentos y méritos y bondades apostólicas á la dignidad de Príncipe de la Iglesia. En Cádiz abrió los ojos á la luz, á la verdadera luz, y consagró su alma y sus facultades y sus pasiones al amor soberano que brilla eternamente sobre los corazones. Estudió aquí con maestros de inolvidable fama. El gran Arboli auguró el obispado para el niño Rancés. El santo Fray Félix lo nombró su familiar, ordenándole de presbítero en un pueblo de la Diócesis. Urquinaona le tenía como discípulo predilecto. De tan grandes maestros, aprendió esa ciencia del bien, que en Moral, se llama deber, y en Derecho, justicia, y en Religión, virtud; caudal inextinguible de verdadera sabiduría que ocasionaron sus conferencias cuaresmales para hombres, nunca olvidadas, y sus pláticas dominicales á los pobres de San Vicente de Paul,

aun retenidas en la memoria, como ejemplo; que aconsejaron la renuncia de un sitio privilegiado entre las prebendas, un día, para llevarlo ocho años después á la Sede prioral de las órdenes militares; y que, cuando en fecha de gloria para Cá-

los pobres y amparando á los desvalidos. Su carácter apostólico, supo contener la ola de afectos desbordados en periodos de agitación y pugilatos y enconos, como ahora sabrá dominar las dificultades de gobierno que puedan ofrecérsele.

GADITANOS ILUSTRES



EXCMO. SR. D. JOSÉ M.^a RANCÉS Y VILLANUEVA,
EX-OBISPO-PRIOR DE LAS CUATRO ORDENES MILITARES
OBISPO DE CÁDIZ
(Nació en Cádiz á 16 de Marzo de 1842.)

diz (el 3 de Octubre de 1886) fué consagrado Obispo, después de ser armado Caballero de Santiago, hiciera que el noble de raza y de corazón, mostrara su regocijo, solemnizara su elevación á tan preciadas gerarquias, repartiendo limosnas á

Al honrar estas páginas publicando el retrato del Sr. Obispo Rancés, el MANIFIESTO DE CÁDIZ le envía el testimonio de su admiración y respeto.

PROPAGANDA EDUCATIVO-POPULAR

A mi íntimo amigo el Doctor A. RICO

II.

¡Qué amargura tan intensa se apodera del alma, al pensar que, hace ya muchos años, pudimos pronosticar cuál sería el desenlace de la dolencia que iba aniquilando á la nación española; y, no obstante, cerramos los ojos á la luz y no quisimos oír tampoco el continuo llamamiento de una realidad desconsoladora!

Cuando vimos implantadas en nuestras leyes las más hermosas reformas de la Democracia, merced al espíritu progresivo de los tiempos modernos, y notamos el fenómeno, verdaderamente bochornoso, de que esas suspiradas reformas, por cuya pureza debíamos todos velar, eran holladas y escarnecidas, aun por los mismos que querían presentarse como sus denodados mantenedores; cuando pudimos apreciar que la libertad de la prensa era un mito, ya que las denuncias, procesamientos y prisión de periodistas no acababan nunca, cual si nos halláramos en los tiempos del más oprobioso absolutismo, sujetos los escritores á la previa censura, y en auge, únicamente, la servil lisonja y la venal adulación de plumas asalariadas; cuando notamos, con estupor, que el derecho del sufragio lo prostituían, aun los primeramente interesados en rendirle culto, que se dedicaban á la compra de votos, arrojando al envilecido pueblo unos cuantos puñados de miserables pesetas, que rodaban por tabernas y garitos, después de haber servido para investir con cargos de honor al ignorante cacique, al vividor cortesano ó al gárrulo señorito, emparentado con algún empingorotado personaje; cuando nos dimos cuenta de que una de las funciones más hermosas del ciudadano de toda nación libre, la administración de justicia, que dignifica y eleva á cuantos la aceptan con ánimo entero y con integridad de principios, la rehuían los mismos heraldos de su pureza, con pretextos fútiles, y dejaban así la institución honrosísima del Jurado á mer-

deced e algunos manipuladores poco escrupulosos y de gentes desprovistas de todo sentido moral y de cultura muy dudosa; cuando llegamos á conocer que la palabra ¡Libertad! era un nombre vano, y que hablar de progreso en esta tierra de *pan y toros*, era una burla sangrienta, y que fustigar aquí supersticiones y milagrerías, entre fanáticos y rezadores de oficio, equivalía á clamar en el desierto; ¡ah! pudimos ya dudar de todo, y siniestros augurios se apoderaron de nuestro cerebro, oscureciendo, con sombras bien densas, las ilusiones hasta entonces acariciadas.

Pero—¡eternos soñadores!—aun nos prometíamos un rayo de Luz, algo de vida, siquiera un relámpago fugaz, que viniese, en plazo no remoto, á disipar, por breves instantes, tan funesta neblina, para que nuestro pueblo llegase á ver el camino único de regeneración y engrandecimiento.

Quizás sea—decíamos—ese algo que esperamos, una chispa destructora, la vorágine de un incendio, el fragor de la tempestad desencadenada... ¡No importa! Ello es preciso, para que su fulgor alumbrase, y guie así los pasos de esta Nación descarriada... Todo, todo es preferible, á este sopor de muerte, á esta inercia vergonzosa en que la patria yace...

Pedíamos resplandores, aunque fueran siniestros; queríamos agitación, movimiento, oleadas de vida, así señalasen derrumbamientos que amenazaran aplastarnos, ó espantosos rumores de volcán en erupción. Tras de esos peligros, veíamos el renacer, el sacudimiento de todo letargo, el batallar constante; una vida nueva para la Nación española. Por eso no nos arredaba la catástrofe, aunque nos sumiese en las más terribles incertidumbres.

Y llegaron ¡ay! llegaron esos resplandores y esas llamaradas que habían de anunciarnos *el principio del fin*; la desolación y la ruina vinieron, con hecatombes espantosas, que superaron tal vez á las visiones terroríficas del Apocalipsis... Perdidas dos escuadras de naves poderosas, entre los horrores del incendio y las explosiones de la dinamita; arrasado nuestro imperio colonial, con la entrega vergonzosa de Cuba, Puerto-Rico y Filipinas, que se perdieron para siempre, merced á la ineptitud de nuestros gobernantes, á la villanía de un gran pueblo que blasona de humanitario y á la complicidad de las cobardes ó egoístas naciones, que se llamaron nuestras hermanas; exhausto el Tesoro público; diezmada España á fuerza de entregar hombres y dinero; el hambre cerniéndose sobre los pueblos; la miseria amenazándonos; expuestos á toda humillación; bloqueados por la triple falange de la ignorancia, el miedo y el servilismo; sufriendo la burla y la chacota de los merodeadores, que aun se afanaban por recoger las migajas del saqueo; maltrechos, vencidos, aherrojados, hubimos de exclamar:

«¡Esta es la hora! La indignación popular está más que justificada... El sonrojo, hace brotar sangre de las mejillas; la conmoción va á ser violenta; la ola arrolladora no tardará en barrer tanta podredumbre...»

¡Qué desencanto! ¡Qué caída tan espantosa en el abismo de la realidad más horrible! ¡Qué vergüenza!...

En vez de gritos de furor y de violentas conmociones populares, llegó á nuestros oídos el palmoreo y la algazara de un pueblo que se divertía con lu-

bricidades de fiesta báquica y delirios de orgia carnavalesca; los que debieron ser clamores de angustia y protestas de indignación, trocáronse en cantares tabernarios y en estribillos indecorosos, para que, á falta de otros sonrojos más justificados, asomaran al rostro los de la pudibundez ultrajada ó los de la moral herida; el indiferentismo rayó en idiotéz y la idiotéz en degradación; y así, de complacencia en complacencia, y de caída en caída, llegó para España el periodo agónico, en que aun hoy se revuelve, sin que se le pueda augurar más que un final desastroso y un desdichado término, que no deje ni memoria siquiera.

¿Se vé muy lóbrego el cuadro? Pues recuérdese, recuérdese este último pasado periodo, en que el *¿á mí qué?* se aceptaba como único lema de vida, para comentar todo desastre, y dígasenos si recargamos las tintas oscuras del lienzo que pretendemos besquejar.

Pueblo que se cruza de brazos cuando se vé privado de sus más preciados derechos, por sólo el capricho del que manda, y que se muestra indiferente á toda protesta contra un régimen de vilipendio, dá á entender que lo mismo respira el aire purísimo de la Libertad y del derecho, que el mefítico y emponzoñado de la esclavitud y el oscurantismo; pueblo que celebra con algazara ruidosa sus más pueriles tradiciones, importándosele un ardite las fechas de luto y mengua que la historia pátria está anotando con indelebles caracteres, demuestra que su degeneración es horrible, y que ya no hay aquí ni espíritu nacional, ni virtudes cívicas, ni alientos de grandeza; pueblo que dá á las plazas de toros rebosantes llenos, y á las mogigangas, procesiones

de *patos* y *patos*, contingente regocijador más que sobrado, para que se nos señale como nación de vagos, de fanáticos, ó, cuando menos, de tontos, sin curarse para nada del aniquilamiento que nos espera, moral y materialmente, en fecha no remota, merece que se le trate, como se le está tratando, á puntapiés, y cual si no fuese digno de pedir sitio adecuado en el concierto de las naciones civilizadas.

Con menos motivos, las kábilas del Riff, soportarían un estigma de abyección y de barbarie. España sufre un estacionamiento,—¿qué estacionamiento? un retroceso horrible—y en vano han soplado sobre nuestras campañas aires de progreso y civilización. Fueron ráfagas pasajeras, que no pudieron arrancar la herrumbre de instituciones vetustás y de vergonzosas tradiciones. Parece que nos hallamos aún en plena mitad del siglo XIX, y que los cuarenta años últimos sólo han transcurrido para que caigamos de nuevo en el mismo sopor, rayano en el embrutecimiento, que nuestros padres quisieron fustigar con enérgico grito de coraje, con maldiciones de eterno oprobio, y con voces de aliento, brindando un porvenir de esplendor y de gloria, al pueblo que supiese despertar para recibir los primeros rayos del sol naciente. ¡Inútiles sacrificios los de nuestros mayores, y estériles ¡oh dolor! los más generosos esfuerzos!

Aun hoy puede resonar el mismo grito de indignación, lanzado desde el destierro, (*Londres: Marzo de 1866*), por el denodado campeón de la Libertad, CARLOS RUBIO, que en inmortales estrofas rítmicas, apostrofó á la madre patria, para la que tenía filiales besos

y recuerdos gratisimos de juveniles caricias; pero de la que se alejaba con horror, exclamando:

«¡Volver yo á España, que reposa inerte, tras agonía que vergüenza inspira!
¡Volver yo á España, á presenciar su muerte,
Yo, que llamé á sus puertas con mi lira
y despues con el puño de mi acero,
y no he logrado despertar su ira!...
¡Nunca, jamás! Recorreré primero
la tierra entera, á guisa de mendigo,
y tumba me dará suelo extranjero...
No quiero ser de su opresión testigo:
bástame su memoria que, despierta,
donde quiera que voy, viene conmigo!...»

También la nostalgia de la vida en pais extranjero se apodera hoy de nuestra alma, y la conminación valiente de Carlos Rubio, pugna por brotar de nuestra garganta, entre mal comprimidos sollozos... ¡Y han transcurrido treinta y tres años, desde que, en hoja clandestina, llegó á España ese lamento de un corazón que ardía en fuego sagrado, y que nos enviaba sus más vívidos destellos!... ¡Pobres soñadores!

¿Cabe acariciar nuevas esperanzas para verlas desvanecer despues, como livianas pompas de jabón, al menor soplo del desengaño más triste?

¿Es posible que el desaliento no nos combata, á cuantos aun sentimos ardimientos de vida nueva en el espíritu?...

Sí, posible es; pero precisa que sepamos valorar la inmensa labor que acometer debemos, para vislumbrar siquiera el fin apetecido; y así, no nos dejaremos engañar por espejismos esplendorosos, cuya desaparición pudiera sumirnos en desmayos de muerte, apartándonos del único sendero que hay que recorrer, para conseguir el triunfo, aunque sea en plazo muy lejano.

Hé ahí el ¡alerta! que hoy debe llegar solamente á nuestros oídos: voz de confianza, no de desesperación; grito de lucha, no de abatimiento; pero sin dejarnos seducir por halagos de fantasía soñadora. Ese es mi punto de partida.

Procuraré desarrollar el tema que á tu aprobación someto.

José M. MILEGO.

Cádiz: Marzo 1899.

¡A LOS COMICIOS!

Se avecinan las elecciones municipales, y el MANIFIESTO DE CÁDIZ debe llevar á sus columnas la misma voz de aliento que hasta hoy fué enseña de combate y grito de alarma, revelador de nuestros más entusiastas ardimientos.

Todo indiferentismo ha de merecer siempre la execración más enérgica; y cuando se trata del ejercicio de un derecho, que eleva y dignifica á cuantos se conceptúan ciudadanos de una nación libre, no cabe presumir que pueda tolerarse el abandono de ese derecho.

En la política local, agitanse hoy rumores de alejamiento y deserciones punibles, pretendiendo que el derecho del sufragio, conseguido á fuerzas de batallar constantes y de empeñadas luchas contra la reacción y el despotismo, muera de mala muerte, á traición, y con el irrisorio mote de ser substituido por menguadas componendas y maquinaciones de gabinete, realizadas—se dice—en bien de la comunidad; pero para escarnio de nuestras instituciones democráticas...

¡No, y mil veces no!

Imposible transigir con esos pactos jesuíticos, que solo conducen al descrédito de las reformas políticas más levantadas.

Renegar debemos de todo provecho

material, si ha de comprarse con abdicaciones que envilecen y sonrojan.

Una corporación municipal nacida por sorpresa, ó *de real orden*, ni puede ostentar la representación del pueblo, ni ha de saber administrar los intereses comunales, con la integridad y rectitud que el pueblo necesita.

De las urnas electorales, han de surgir los mandatarios que Cádiz desea. Pensar otra cosa, es injuriar á esta noble ciudad, que no transigirá nunca con los que andan regateándole derechos y prerrogativas.

Vayamos á los Comicios, y que la voluntad popular exprese solemnemente su mandato... ¡Triunfará, quien deba triunfar!

Apártense á un lado, esos que no dudan en perder el derecho del sufragio, con tal de conseguir *el bien material... de no ser políticos*.

Los demócratas, los republicanos, los liberales bien probados, han de alejarse de ellos, con verdadera repulsión, relegándolos al desprecio merecido.

¡A los Comicios iremos, todos cuantos blasonamos de demócratas, y que de las urnas surja la voz de aliento y regeneración que todos ambicionamos!

¡Execrado sea, quien no acepte nuestra excitación con fervoroso entusiasmo!

Los Hombres de otros tiempos RIOS ROSAS.

Cuando se discutieron en el Congreso de diputados, los sucesos de la célebre noche de San Daniel no tenían representación (por estar retraídos) los progresistas; allí la Unión sola la batalla, que tomó caracteres de duelo á muerte con la intervención de D. Antonio Rios Rosas.

No se borrará jamás el recuerdo de aquel debate, sostenido por medio de proposiciones incidentales, porque el Gabinete se había propuesto rehuir toda interpelación. Pidió Rios Rosas que se abriese una información parlamentaria para depurar los sucesos de la noche de San Daniel, y despues de razonar su tesis, dijo:

«Se ha lavado y se volverá á lavar esta sangre con la esponja del sofisma; nada basta, nada bastará; la sangre está ahí, indeleble, invocando nuestra justicia y la vindicta pública. Esa sangre pesa sobre vuestras cabezas...»

«Hubo, pues, una suma de hechos que constituyen un crimen, un hecho general. ¿Qué supne esto? ¿Podemos detenernos en los miserables instrumentos? Y los llamo miserables porque lo son, y los llamo miserables, porque han deshonrado su uniforme; y los llamo miserables, porque afortunadamente son una minoría.»

Figúrense nuestros lectores el continente severo y un poco agreste de don Antonio Rios Rosas y al orador, en la montaña del Congreso, bajando, en dirección al banco ministerial, un peldaño cada vez que con voz tonante y crispadas las manos repetía la palabra *miserables*, y se formarían idea del imponderable efecto de aquel discurso, que cual lluvia de fuego cayó sobre el Gobierno y sobre la mayoría. Subyugada ésta, al pronto no halló siquiera un monosílabo para protestar. Luego algunos generales pidieron que aquellas palabras se escribieran, y Rios Rosas contestó: «*Que se escriban, y si no fueren mis, pediría que se esculpiesen en bronce.*»

M. VILLALBA HERVÁS.

El Gran Patriota

En casa de Castelar.

La prensa de Madrid publicó extensos detalles del acto realizado en Madrid por los republicanos de todos los matices, el viernes 5 del actual.

Desde las nueve de la noche estaban llenos los salones y pasillos de la casa del gran tribuno.

Republicanos, demócratas, liberales y amigos de siempre que no militan en ningún partido, pero que profesan tan entrañable afecto al progreso como al más ilustre de sus defensores, asistían al acto, considerando en él dos circunstancias igualmente propicias: la influencia que puede tener en la desdichada política nacional, y el restablecimiento del hombre en cuyo obsequio se realizaba y de quien todavía espera la patria servicios tan grandes como los que le debió en otras épocas.

El Sr. Pérez Costales, exministro de la República leyó un breve y enérgico documento, del que reproducimos los siguientes párrafos:

«Está en grave crisis y corre peligro de muerte el espíritu democrático que llevásteis con inimitable elocuencia y sin igual constancia á nuestras leyes y á nuestras costumbres desde 1854, 1858 y 1868, y aun luego en la restauración. Hora es ya de que obra en la que parte tan principal tuvisteis y de la que tanta gloria os corresponde, no la destruyan gentes venidas al Gobierno con sorpresa del país por conjuras clericales al amparo de soberbias palatinas y satisfacciones cortesanas.

Que no andamos descaminados en la oportunidad de entregaros ahora el Mensaje republicano, demuéstrolo vuestro abandono de la abstención de la política militante, en que viviais y perseverábais desde que triunfó el sufragio universal hace once años; y es, sin duda, que habéis penetrado en la intención reaccionaria de los que mandan, y teméis ya que aquel triunfo no pueda considerarse como definitivo, por disposición arriba de una reforma precursora de su desaparición y muerte.

Os felicitamos y nos felicitamos por vuestra resolución todos los liberales, todos los demócratas y todos los republicanos. Unos y otros esperamos tranquilos sus consecuencias.»

Grandes aplausos acogieron las frases del popular representante de la democracia gallega.

Inmediatamente el Sr. D. José Abad, hijo del antiguo republicano alicantino del mismo nombre, leyó el Mensaje escrito en Mayo de 1898, que termina con las siguientes sentidas palabras:

«Dignaos, ilustre patricio y viejo republicano, acoger con benevolencia

ciencia nuestro recuerdo de actos vuestros tan gloriosos, y admitir nuestra adhesión á vuestro immaculado patriotismo é inquebrantable fe republicana, mientras nosotros pedimos á Dios que os conceda larga vida y completa salud para confianza y esperanza nuestras en la restauración de la República, único medio, acaso, de salvar el honor de España en esta grave crisis de la guerra ó la paz definitivas.»

La contestación leída por el señor Castelar la reproducimos íntegra, pues como dice nuestro querido colega da Madrid *El Liberal*:

«Responde á una clara noción de los deberes del patriotismo, á un amor nunca entibiado por las progresivas conquistas de la democracia y al temor hartamente justificado de que en manos enemigas se deshaga el patrimonio de las libertades públicas, adquirido al precio de la sangre de tres generaciones.

La sinceridad y la emoción que animaban el escrito y la voz del egregio estadista republicano, es comunicaron desde las primeras frases al ánimo de sus oyentes (añade el citado colega).

Castelar, que había empezado á leer con alguna lentitud, cobró pronto seguridad y energía, como si la idea de servir á la nación renovase la fuerza que sus dolencias físicas han quebrantado.

Cuando pronunció sus últimas conmovedoras palabras, hubo muchas manos que antes de aplaudir acudieron á enjugar los ojos.

De la importancia del hecho y de su transcendencia probable, el tiempo dirá.

Por el momento, baste advertir que el discurso íntegro del Sr. Castelar fué transmitido por telégrafo á París y Berlin; que el correspondiente de la *Nación*, de Buenos Aires, envió un extenso resumen á su periódico, y que á estas horas habrán publicado extractos poco menos extensos los órganos más leídos de la prensa europea y americana.

Discurso de CASTELAR

Señores y amigos: Once años há, me retiré de la política militante y parlamentaria; no por holgarme á mi edad con un ocio que me imposibilitan mi amor al trabajo y la necesidad imprescindible de practicarle á diario; por mi convicción del deber en que me hallaba de mostrar cómo no había entrado ningún móvil personal, ni aun de partido, en la restauración plena del programa democrático, y el deliberado intento de no aumentar con fracciones diminutas y múltiples, parecidas á microbios, el caos, cada día mayor, donde se revuelca una democracia, la cual dispusiera de todo, si tuviese un claro concepto de la realidad viviente, y no dispone de nada, por su empeño en continuar siendo una escuela idealista, no un partido gobernante, y sus propensiones fatales á la división interior y al fraccionamiento atomístico, cuyos efectos y resultados hacen que, teniendo por suya la sociedad, no tenga por suyo el Estado. La segu-

ridad sentida por mí entonces de no haber ya reacción alguna y de que no podía intentar cosa los mis enemigos de nuestros derechos contra el triunfo y aplicación de estos derechos, me apartó de la tribuna, como una resolución incontrastable me aparta del Gobierno mientras no revista la forma de mi preferencia, y abdiqué mi oficio de tribuno con mi carácter de político, reduciéndome á publicista que debía tratar los problemas diarios, según su leal saber y entender, sin las restricciones provenientes de la dirección de una entidad política importante y sin los visos de interés prestados al mayor desinterés por las formulas consignadas de los partidos y sus tenaces aspiraciones al triunfo y al Gobierno.

Pero mentiría si dijera sentir hoy la seguridad sentida entonces respecto del regreso de la reacción. Primeramente se ha descubierto una ya manifiesta y altísima decisión de sobreponer, dentro de una sociedad libre, á todo el misterio; y hemos visto la improvisación en estufas palaciegas de gobernantes con aires de dictadores, recluidos en su ministerio como en un palacio encantado, y desde allí, difundiendo su autoridad á los demás ministerios, para que abran las puertas del poder á los integros, quienes no descansarán sino después de haber vendido y entregado el sistema parlamentario, que tanto nos costara en este siglo, á las mansas facciones reaccionarias, quienes trocando las armas del combate por las armas del dolo, se sienten esperanzadas de ganar con un absolutismo, disfrazado en las mansiones religiosas, el franco y claro que han perdido por los engaños carlistas en las selvas y en los campos. Seguramente la enseñanza camina, en estas circunstancias, y bajo sus actuales directores, á un retroceso teocrático, tanto más temible cuanto que toma el antifaz de la libertad, y por un modo jesuítico pretende presentar satisfacciones á las ideas más radicales, al suprimir la enseñanza oficial ó rodearla de competencias artificiosas insuperables que la entregan directamente al clero, aupado hasta las antiguas cátedras y director de la instrucción por innumerables y artificiosos privilegios. A la cabeza de nuestra enseñanza yo sólo veo el Monasterio de Loyola, escuela madre de todas las escuelas reaccionarias, aunque sean dirigidas por agustinos como la Universidad del Escorial, ó por dominicos como el Instituto de Vergara, ó por jesuitas como la Universidad de Deusto, ó por diversos reaccionarios de todos colores y procedencias, como la célebre Universidad de Oñate. Una reflexión que no huelga, sin embargo de huir yo al análisis en este sumario y rápido trabajo, una reflexión que omitiría, si no viniese tan á cuento. ¿A cual sociedad laica y científica se le hubiera dado un edificio, tan de todos los españoles, como el Escorial, medio amortizado en manos eclesiásticas y consagrado á una enseñanza, hoy subvertida contra la libertad y sistemáticamente calumniadora de todos los liberales, causa primera y aun ocasional en gran parte, de nuestros desastres filipinos y germen aquí dentro de retroceso á la barbarie? Y no quiero hablar de la reacción doctrinaria que amenaza nuestros derechos individuales; de la reacción regionalista que amenaza nuestro territorio patrio; de la reacción jurídica que amenaza nuestra unidad nacional.

¿No se parecen mucho estos tiempos á los tiempos que precedieron al movimiento de Septiembre? Y pareciéndose, ¿no están llamados todos los patriotas á conjurar la catástrofe y conseguirse haga cuanto hay que hacer por el método sereno y legal de la evolución graduada, que fortalecen las leyes y el orden, no por el método de las revoluciones cruentas que traen aparejadas el incendio, el degüello, el exterminio? Pues no entraremos en la evolución dialéctica y normal hacia un gobierno de cada ciudadano por sí mismo y de todos los ciudadanos por la nación soberana, sino después que una política bien prevenida, bien meditada, bien puesta en fórmulas útiles tangibles sustituya y reemplace cuanto el espíritu público ha destruido y devorado ya, sustituyéndolo y reemplazándolo con todo aquello que manifiesta querer ya producir, merced á lo cual continuaremos la obra del progreso, quien puede por algunos momentos eclipsarse, más no puede para siempre perderse. Nada tan objetivo como la política. Quien le antepone la propia subjetividad, será un filósofo, no un estadista. Nada se consigue para todos con el esfuerzo y el pensamiento de uno solo. Como tenéis que apropiár vuestras siembras al medio ambiente, si deseáis cosecha, tenéis que apropiár vuestras ideas al estado físico, intelectual, moral, de los pueblos, si deseáis en instituciones convertirlas. Nosotros somos liberales, demócratas, republicanos; pero la sociedad no está entera con nosotros solos, está con todos; y dotada de sumo espíritu conservador con suma resistencia, para gobernarla tenemos necesidad de vencerla; si no en su totalidad, en su mayor parte; y después persuadirla con tenacidad al bien.

No nos, aunque nos decimos y somos republicanos, somos y nos decimos un elemento conservador social. Acostumbrados á radicalismos de palabra y de doctrina en los tiempos reaccionarios, durante la pelea heroica, no nos hemos enterado de que hemos vencido, llamando con ilusos llamamientos, generadores de frustadas esperanzas, los que no quieren satisfacerse con la redención moral y política, por nuestras doctrinas á ellos granjeada y exigen súbita redención material, cuyos beneficios estamos imposibilitados de prometerles y menos recordarles dentro de nuestras ideas históricas y de nuestro apego á la presente organización social. Así, volviéndonos á nuestra derecha, debemos decirle que no subsistirán los poderes extraños á la sociedad, si repugnan unirse y legitimarse con el óleo de la soberanía nacional; y á nuestra izquierda, que no sueñe con fórmulas redentoras, por ningún pensador inventadas, y que, no caiga con los más reaccionarios de la monarquía en proponer dentro de la República una trucidación de nuestro Estado único, predecesora de igual trucidación de nuestra España una. A nuestra derecha, que no evoque las clases, las jerarquías, los gremios antiguos, en resurrecciones ficticias, pues las especies desaparecidas, según la ciencia, no reaparecen jamás en el planeta; y á nuestra izquierda, que no proponga la supremacía de abajo por ser la democracia, la libertad, la República, el concierto y armonía de todos. A nuestra derecha, que no suprimirá el presupuesto universitario; y á nuestra izquierda, que no suprimirá el presupuesto eclesiástico. A nuestra derecha, que, en medio de la libertad cientí-

fica, existirá una Escuela oficial; como á nuestra izquierda, que, en medio de la libertad religiosa, existirá una oficial Iglesia. A nuestra derecha, que se impone restablecer el servicio militar obligatorio establecido por los gobiernos republicanos; y á nuestra izquierda, que no piense de ningún modo en suprimir los ejércitos permanentes por resultar á las instituciones progresivas tan indispensables como á las moles etéreas la Mecánica Celeste. A nuestra derecha, que no toque al sufragio universal; y á nuestra izquierda, que no repita sus ciegos retraimientos. A nuestra derecha, que tiene obligación de alejar las catástrofes sociales con múltiples conciliaciones entre el capital y el trabajo; á nuestra izquierda, que subsistirá siempre la propiedad individual. A nuestra derecha, que no provoque las revoluciones; y á nuestra izquierda, que mantenga la evolución progresiva con fé y con esperanza.

Sin ánimo de despertar dolorosos recuerdos; con ánimo de demostrar nuestra perseverancia, decimos que este programa, proveniente de todos los antiguos nuestros y depurado en el Gobierno por nuestras experiencias, continuará siendo mi faro hasta el día de mi muerte. Y para cumplirlo, creo necesaria una grande concentración democrática. Propúselo con empeño este invierno, y sobre distintas bases á los partidos liberales en el combate de la reacción triunfante; no quisieron admitirla, por lo mismo que ganaban las elecciones con su admisión, y ahora no deben maravillarse de que cada cual busque su histórica filiación y pida las concentraciones de fuerzas progresivas sobre su respectivo programa. Nadie quiere aquí gobiernos subidos de las urnas; todos quieren gobiernos bajados de las cumbres. Yo no hago ahora más que recordar con la uniformidad propia de mi paciencia el sistema mío, y decirlos que me alienta mucho vuestro apoyo, vuestro auxilio, los recuerdos lisonjeros que traéis á la memoria y el sentimiento de gratitud que despertáis en mi corazón para ir á las Cortes y sostener todo lo que pienso, aplicándolo con todos los ecos que aún quedan á mi disminuida palabra, y con todos los recursos que aún quedan en mis maltrechas fuerzas. Siempre os agradeceré que, mientras todas las noticias durante un año coincidían en borrar de los vivos, hagáis vosotros recordar al pobre solitario recluido en su hogar por los achaques de la vejez y por los asomos de la muerte. Yo no puedo volver á las andadas antiguas. Como hay que amoldar las leyes políticas á las costumbres y á las creencias generales, hay que amoldar el trabajo individual á la salud y á la edad. Así, yo no convoco de mis antiguos amigos, ni de los que por mi consejo se fueron á la monarquía democrática, ni los que contra mi consejo se fueron á los extremos republicanos; pues todos, antes, mientras, después de la evolución, estaban seguros de que nunca desistiría yo de mis creencias republicanas y republicanas conservadoras. Lo hecho ya está hecho. Yo no tendré partido en la Nación, en las provincias Comités, en la prensa órganos, en el Parlamento compañeros; limitaréme á presentar mi programa viejo garantizado por mi personal historia, para ver si en las crisis futuras, muy temidas y terribles, sirven de núcleo á una grande concentración democrática, y substituyen alguna vez con ventaja todo lo

que se rinde y cae al empuje de su propia pesadumbre por una interior descomposición, en la cual no hemos tenido parte y por la cual no tendremos responsabilidad. Yo he sentido la catástrofe más que sus propios autores, y me alegraré del remedio, factible, no por nuestras humildes personas, por nuestras progresivas ideas.

A lo que pienso volver es á la proposición de un presupuesto nivelado, el cual se iba poco á poco cumpliendo en el seno de la paz, con lentitud, pero con perseverancia, y que nos hubiera redimido de no haberlo roto la desastrosa guerra de Melilla, en cuya surrección y desarrollo encuentro yo la causa ocasional de nuestras desgracias coloniales y de nuestra disminución territorial. Esta obra del presupuesto nivelado es la más indispensable á nuestra patria. Y para ella debemos conocer cuantos ingresos podemos prometernos de la tributación y del crédito, sin estrujar al contribuyente, y arreglar á estos seguros ingresos los gastos depuradísimo. Y para concertar ingresos con dispendios estamos en el caso de pedir estas dos condiciones: una grande solidez en lo político y en lo administrativo una moralidad rigurosa. Así continuaremos nuestro proceder de siempre, sirviendo primero los intereses generales de la nación española, con arreglo á nuestros deberes; después los intereses particulares de la libertad democrática con arreglo á nuestros compromisos. La sociedad esta siempre devorando y produciendo sistemas como el Universo, por su parte, seres y especies. Ningún estadista, por grande, ningún partido, por numeroso, pueden ni empujar ni contener una sociedad. Todo cuanto aquí acaba hoy, acaba, porque la sociedad misma lo destruye; todo cuanto surge á reemplazar lo acabado, surge, porque la sociedad misma lo impulsa. Oponer á esta política natural de la lógica una política de violencia, frustrada hoy entre los carlistas, es como sustituir á la grande astronomía la secular astrología, y á la química la alquimia, y á la geología de una evolución eterna la geología de catástrofes súbitas, y al sabio médico de nuestras clínicas el curandero mágico y milagroso de nuestras aldeas. No prefráis los saludadores á los micrologistas. Abajo nadie puede intentar una revolución, ni arriba nadie un golpe de Estado. En Francia las dictaduras militares no cuajan después de Sedán. Aquí cuajarán menos después de Parañaque. El disfraz de los gobiernos representativos substituyendo á los gobiernos parlamentarios no puede, no, engañarnos; tras él vemos al César como tras los alardes tribunicios de Marco Antonio, se veía el Pretoriano. Con estos propósitos de arriba sólo se consigue adelantar abajo la fecha del advenimiento de la República. Para entonces digo lo que sigue: jóvenes, oid á un viejo, á quien oían los viejos cuando era joven. Desechad toda idea de fundar una República con los republicanos solos y para los republicanos solos; es la República como el sol para todos los españoles, forma suprema de la libertad y del derecho.

EMILIO CASTELAR.

Madrid 5 de Mayo de 1899.

El MANIFIESTO DE CÁDIZ, alejado de la política á turno por tristezas de la realidad, nunca ha desertado de su puesto entre los grandes partidos democráticos que rinden culto

al ideal. Luchamos y lucharemos hasta la muerte por el triunfo de nuestro programa; y nuestro programa solo tiene una fórmula, y se encierra en una sola palabra: *Castelar*. No necesitamos, pues, hacer constar nuestro regocijo por el acto del gran patriota, ni de tributarle nuevos testimonios de admiración y de cariño.

JAVIER DE SALAS

Don Francisco Javier de Salas y Rodríguez (1) es una gloria de esta provincia: nació en Jerez de la Frontera el 21 de Febrero de 1832, (2) y á los 13 años, el 26 de Marzo de 1845, ingresó en el Colegio naval; ascendió á Guardia Marina de 2.^a y 1.^a en 27 de Junio del 48 y 11 de Julio del 51; á alférez de navío el 26 de Agosto del 53, y á teniente de navío el 16 de Abril del 60, pasando con este empleo á la escala de Reserva en 27 de Junio del mismo año, porque con la vida activa de mar se quebrantó su salud.

Un cariñoso oompañero suyo (3) describe sus viajes, elocuentemente, diciendo: «Salas cruzó el Atlántico por el mismo rumbo que Cristóbal Colón, del que fué entusiasta admirador, y como los tripulantes de las carabelas de Palos, admiró curioso la esplendidez de la naturaleza en la vegetación de las Antillas y en el matiz de los celajes de su incomparable cielo. Visitó las costas descubiertas por Grijalva, el rio de Alvarado, en el que Cortés fijó la planta destruyendo las naves. De allí, por azares del servicio, como el que salta caprichosamente las hojas de un libro, *fuera el Gran Capitán y el Conde Navarro* los que la vista del golfo de Nápoles ofreció á su reflexión, por ser Salas de los que en compañía del libro viajan, y así del Vesubio al Teide, del Moncayo al Atlas, en panoramas tan variados, en operaciones tan disímolas como las de Marruecos durante la guerra, como las Baleares en el estudio y disposición del cable que doblemente las ata á la Peninsula, tanto como los monumentos de Italia despertaban sus instintos artísticos, contribuía el examen de los lugares célebres á la vocación de historiadores.»

Y otro compañero, no menos cariñoso, (4) recuerda haberle visto en circunstancias críticas y azarosas, en las que supo demostrar cumplidamente las condiciones todas de un perfecto oficial de Marina: serenidad, energía, ojo marinerero y conocimientos técnicos de la profesión.

Ninguno de los que entonces se hallaban á su lado podrán olvidar nunca

(1) Hemos puesto en la cabeza de estos apuntes *Javier* y no *Francisco Javier*, porque así firmaba nuestro biografiado, y además, porque se le nombraba de ese modo para no confundirlo con otro escritor militar, el coronel de Artillería D. Francisco Javier de Salas: precisamente por no hacer Barado esa distinción en su *Literatura Militar Española*, hay pasajes en que se habla de Salas, sin saberse á cuál de ambos publicistas se refiere.

(2) En la compendiada biografía inserta en el tomo 18 del *Diccionario Enciclopédico de Montaner*, se consigna: «Ignoramos la fecha de su nacimiento.»

Hoy, gracias á las diligencias del correspondiente de Jerez, se sabe hasta la casa en que nació: la número 42 de la Porvera, esquina á la calle de Escuelas.

(3) Fernández Duro.—Necrología leída en la Real Academia de la Historia.—1890.

(4) Aguirre de Tejada.—*Historia General de Marina*.—T. XXVI, p. 678.

que á su consumada pericia se debió en gran parte la salvación del barco; y mientras la goleta *Rosalía* naufragaba en la costa de Marruecos; y mientras el vapor *Santa Isabel* se hacia literalmente pedazos en la bahía de Algeciras; mientras los buques de mayor porte se veían obligados á correr el furioso temporal del SE. que á la sazón reinaba, el *Buenaventura* cruzaba gallardamente el Estrecho y entraba al otro día en el fondeadero de Puente Mayorga, sin haber sufrido ningún daño, sin haber perdido un solo hombre.

Fué aquella una de tantas batallas, como las que los marinos dan todos los días sobre la superficie del Océano, y en las que sin más estímulo que la necesidad de la lucha, ni más premio en perspectiva que la satisfacción de haber cumplido con el deber, se pelea con enemigo implacable, conocido sólo de los que con él se han visto cara á cara.

Terminada la guerra de Africa, en la que Salas prestó servicios que fueron recompensados con la cruz de la Marina, una dolencia crónica y de difícil curación le obligó á pedir su pase á la escala de reserva, apenas obtenido su ascenso á teniente de navío en 1860.

Destinado al Depósito Hidrográfico de redactor traductor, hubo de revelar al poco tiempo, de tal modo, su privilegiada inteligencia y su dominio en todo lo que á Marina se relaciona, que fué designado desde entonces de real orden, para desempeñar las siguientes comisiones:

1864.—18 de Abril.—Para que busque y coleccionese los documentos inéditos relativos á la historia de la Marina de guerra, que se hallan en el archivo de Simancas.—10 de Agosto.—Para que publique los documentos que, referentes al mismo asunto, coleccionaron Navarrete y Vargas Ponce.—30 de Agosto.—Vocal del Tribunal de oposiciones á la Cátedra de Cosmografía y Pilotaje del Instituto de Santa Cruz de Tenerife.—5 de Diciembre.—Elegido para contestar á la *Memoria* del ingeniero don Canuto Corroza.

1870.—5 de Septiembre.—Vocal de la Junta directiva de la Exposición permanente de Marina.

1871.—24 de Marzo.—Presidente de la Colonia española en la Exposición de Nápoles.—17 de Abril.—Vocal de la Comisión para redactar un proyecto de Ley de Puertos.

1874.—27 de Agosto.—Comisionado para elegir en Cádiz el sitio donde se ha de establecer una escuela de Ostricultura.

1875.—2 de Abril.—Vicepresidente del a Colonia española en la Exposición de Filadelfia.

1877.—5 de Enero.—Vocal del Jurado de la Exposición vinícola.—13 de Octubre.—Comisario régio para arreglar las cuestiones pendientes entre pescadores portugueses y españoles.

1878.—11 de Enero.—Designado para facilitar datos de la historia de la Marina Militar, al Almirante francés Mr. Páriz.

1879.—19 de Julio.—Presidente del Tribunal de oposiciones á Cátedras de Geografía é Historia en los Institutos de Mahón, Ponferrada y Baeza.—18 de Noviembre.—Comisionado por la Real Academia de la Historia para el Congreso internacional de americanistas.

1880.—5 de Julio.—Para que investigue quiénes son los Jefes de la Armada cuyos restos mortales deben repo-

sar en el Panteón de Marinos Ilustres. —20 de Diciembre.—Vocal de la Junta de salvamento de naufragos.

1882.—16 de Septiembre.—Presidente del Tribunal de oposiciones á Cátedras de Geografía é Historia en el Instituto de Puerto Rico.

Desempeñó los destinos de la Comandancia de Marina de Barcelona, Oficial de la Secretaría del Almirantazgo, Oficial 1.º del Ministerio de Marina, Vocal del Consejo de Ultramar, redactor en el Depósito Hidrográfico, Director del Museo y Comandante de Marina de Valencia.

Pues bien; ni las numerosas y difíciles comisiones que enunciadas quedan, principalmente la de contestar al Ingeniero Corroza, que podemos considerarla espinosísima, ni la constante atención que exigían los indicados destinos, ni las veces que ocupó la cátedra del Ateneo, ni su brillante cooperación en los centenarios, ni otras tareas semejantes, le impidieron escribir un corto número de libros de historia, pero tan sábiamente pensados y en un estilo tal escritos, que con ser pocos bastaron para conquistar un nombre.

Nada importa el que la industria material haya comunicado á las letras un movimiento más que intelectual, mercantil.

Porque entre millares de libros, mero producto de especulación, que la prensa lanza todos los días, son muy contados los que pueden adquirir celebridad póstuma y fama duradera.

La mayoría se hunden al salir en el abismo del olvido.

Las historias escritas por Salas han de irse avalorando con el tiempo.

Y no porque dejaran de apreciarse entonces, que al firmar el Dr. Thebussem (5) que la Marina española tuvo de continuo representantes de valía en la república de las letras, lo probó diciendo:

«A un Navarrete y á un Vargas Ponce, reemplazan hoy un D. Javier de Salas y un D. Cesáreo Fernández Duro.

Ya la Real Academia de la Historia le había abierto sus puertas, solamente con noticia de estas dos obras:

Marina Española de la Edad Media (1864) y *Discurso Histórico: reseña de la vida de mar y memoria en contestación á un proyecto sobre el ramo (1865)*.

Después escribió lo siguiente:

Discurso de recepción en la Academia de la Historia (1868).

La espada, el arado, el telar y el remo (1868).

Historia de la matricula de mar y examen de varios sistemas de reclutamiento (1870).

Memoria sobre la industria y legislación de pesca, que comprende desde el año 1870 al 1874 (1876).

Discurso sobre Colón y Juan Sebastián Elcano (1879).

Discurso sobre la recepción de Fernández Duro. Revista General de Marina (T. VIII, p. 848).

Los casamientos españoles (1884).

D. Alonso Fajardo de Tenza (1886).

Islas Filipinas. Colección de documentos inéditos (1886-1887).

Las columnas de un diario, aun siendo del tamaño del de Cádiz, son insuficientes para que en un solo volumen se dé á conocer á los lectores los juicios que merecieron los geniales trabajos de Salas, ni mucho menos enumerar los efectos que estos trabajos produjeran.

Tampoco es posible descender á señalar y transcribir las infinitas bellezas, los profundos pensamientos y las grandes enseñanzas que encierran aquellos trabajos.

Haremos, pues, lo que permiten esta clase de publicaciones.

Hé aquí el juicio que hizo Fernández Duro de la primera de las obras citadas.

«Grandioso cuadro de la creación en las tres cuartas partes del globo terrestre bosquejó, por fondo de las figuras que se proponía delinear, preparando su aparición con el compendio de las jugadas puestas á la suerte sobre las aguas del Mediterráneo por los imperios de la antigüedad. Trazó á seguida la marcha de la Marina catalana, rival de las de Pisa, Génova y Venecia, en los reinados de los Jaimes, hasta lá época en que no ya las galeras, los peces no

justificara las malas acciones ó que deprimiera la virtud.

Para Salas la historia era la historia y nada más.

Por eso cuando interroga: «¿Se me podrá argüir de poco amor á la patria cuando al hablar de la marina de Castilla no siga la costumbre de enaltecer todos sus hechos, tributando una alabanza que no pasa por merecida, ni siquiera á los ojos de los que se la forjan?», su contestación era esta: «sea en buen hora, pero entonces que no titulen historia á sus escritos los que abundan en tal idea.»

Así es que no disimuló los defectos de la marina castellana.

Leyendo á Salas recordamos el soberbio estilo de los Melos y Solís en lo correcto, vigoroso, noble y preciso, á más de revelar profundísimos estudios de las épocas que narra.

Las bellezas brillan en todo lo que escribió, y es que su lenguaje era esmerado, terso y elegante.

tas medianías y no pocas nulidades llegan á ocupar los primeros puestos del Estado, lo mismo en lo civil que en lo militar, el insigne escritor, el sabio marino y el cumplido caballero don Javier de Salas descendió á la tumba sin poder cubrir la bocamanga de su uniforme el entorchado de general de brigada, y debiendo, no al Gobierno de su patria, sino al de Portugal, la única banda que cruzaba su pecho: la de la gran cruz de la Orden de Cristo.

Las listas de los caballeros grandes cruces de Carlos III y de Isabel la Católica, llenas de *ilustres desconocidos*, jamás se honraron con el nombre de D. Francisco Javier de Salas.»

Lo que quizás no pasaria por la hermosa imaginación de Salas es que le postergarian para el ascenso á general, mientras no cumpliera detalles reglamentarios; á él que prestó señaladísimos servicios en defensa de la Institución.

¡A qué tristes reflexiones se entregaria D. Javier en aquellos momentos en que se suscitaban dudas sobre si reunía ó no condiciones para el ascenso!

Pero la Marina ha premiado con largueza las virtudes y talentos de Salas, al perpetuar su nombre levantándole un monumento en el Panteón de Marinos Ilustres.

Siempre la posteridad aproximándose á la justicia.

Salas lo decía:

«Todo en el mundo es pasajero menos la memoria de los grandes hombres.

Al abrirles la historia sus páginas, podrá no graduar con exactitud las figuras; pero el proceso queda abierto hasta que la posteridad pronuncie su fallo: y el alma con hambre y sed de justicia para los que ya no estorban á sus pasiones, rinde tributo de admiración á los que sus coetáneos no vieron en toda su alteza; porque á los hombres como á los monumentos hay que mirarlos desde lejos.»

Nos valemos de los mismos pensamientos de Salas.

A él le cuadran perfectamente.

Hay que mirarlo desde muy lejos.

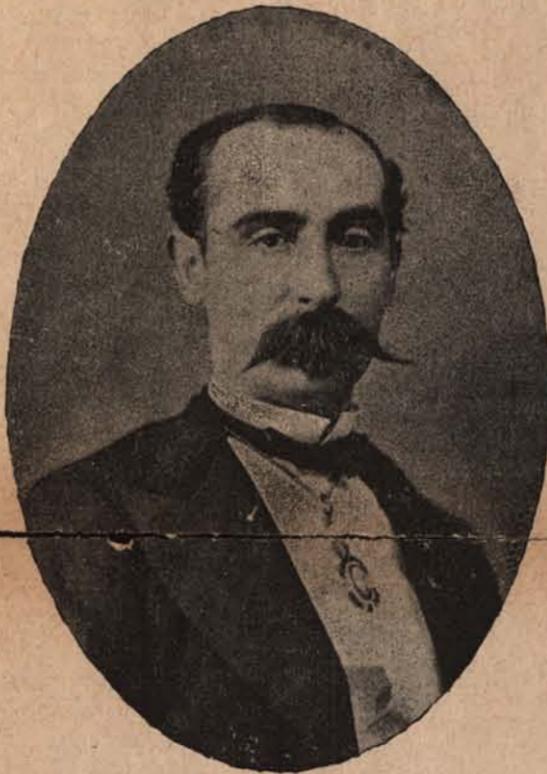
A medida que transcurran los años crecerá en proporción asombrosa la figura del egregio español que rindió ferviente culto á la religión del honor y al noble sentimiento de la patria; del verdadero compañero que puso inteligencia y corazón al servicio del Instituto de la Armada: del sabio marino que dedicó todas las facultades del entendimiento al estudio incesante de las ciencias y artes navales: del docto académico que honró con obras imperecederas la memoria y las hazañas de nuestra gloriosa marina.

Y si á lo dicho se agrega lo hidalgo de su trato con las gentes y el acendrado amor que profesaba á su familia, preséntase Salas á los ojos de todo el mundo, como varón eminentísimo, digno de que le imite la juventud, si quiere lograr el premio que se le concede en la tierra y la gloria que seguramente habrá alcanzado en la otra vida.

M. RODRIGUEZ MARTIN.

Panteón de Marinos Ilustres

El día 2 de Mayo se verificó la inhumación de Javier de Salas en el Panteón de Marinos Ilustres. El acto resultó solemnisimo.



Javier de Salas

asomaban por las aguas sin mostrar el escudo de las armas de Aragón. Paralelamente presentó en escena á las naos de Cantabria rompiendo el puente de Triana; ganando con el santo rey Fernando para la cristiandad el emporio de Sevilla. Abarcó los sucesos principales del siglo XIII, trayendo á su narración mucho de la elegancia, de la sobriedad y de la altura de Plutarco; no poco de la sentencia de Mariana de no asentar partida sin quitanza; bastante de la crítica ilustrada de Navarrete, modelo en cuestiones náuticas, sin perjuicio de juzgar con libérrimo criterio sucesos en que aparecen barajadas soberbia y poquedad, pericia é ignorancia, crueldad, grandeza, generosidad y abnegación.»

Y lo propio que Fernández Duro observarán cuantos estudien las obras de Salas.

La imparcialidad no es muy frecuente en los historiadores.

Salas poseía un vivo sentimiento del bien y del mal y nunca se le vió que

Y varios periódicos de Madrid le juzgaron superior en literatura, ciencia y criterio, cosa quizás explicable por diferencias de épocas, á Navarrete y Vargas Ponce, porque reúne Salas en sus narraciones la brillantez del poeta, la noble sencillez de Saavedra Fajardo, la independencia de Macaulay, la filosofía y espíritu científico de Cantú.

Sus obras, tal vez por el carácter elevado y científico que las informa, no se habrán difundido entre nosotros tanto como se merecen, pues que por genio nacional y notorias aficiones, más nos inclinamos á los recreos del espíritu que á los puros goces del entendimiento; pero en tanto que dure el hermoso idioma castellano y el vigor de nuestra raza y el hermoso sentimiento de la patria, serán perenne monumento de nuestra literatura, y ciencia naval, consejo de gobernantes, y enseñanza de nuestros marinos.

En esta tierra de España, donde tan-

(5) Octava epístola droapiana 1869, coleccionada en la *Segunda ración de Artículos*, p. 165.—1891.

De Cádiz fué transportado á la inmediata ciudad de San Fernando, por ferrocarril, el féretro que contenía los restos del sabio marino.

En la Capitania de puerto fueron reuniéndose los marinos, comisiones militares y civiles y demás personalidades invitadas al acto.

Desde temprano habian asistido á dicho centro los hijos del finado D. Pablo, D. Javier y D. Carlos, su primo D. Francisco Lacoste y su sobrino don Luis Lacoste.

El féretro fué conducido á la estación del ferrocarril por marineros de la división de guardacostas, acompañándolo el elemento oficial.

Fué colocado en el furgón de cabeza, en el que entraron también los hijos y parientes del finado, algunos señores marinos y varios marineros.

Salieron de Cádiz en el expresado tren varias comisiones.

En la estación de San Fernando esperaban el clero castrense, con cruz alzada, el Capitan general Sr. Churrucá y todas las autoridades del Departamento.

Descendió el féretro á hombros de marineros, se puso en marcha en esta forma, precedido del clero castrense, en el centro, de dos filas de marinería del Depósito y *Numancia* con hachones.

Sobre el féretro iban colocadas dos coronas, y otras llevábanlas á mano varios marineros.

Desde la estación, en la que el público era numerosísimo, y por todo el camino que habia de recorrer la Comitiva, estaba formando carrera un Batallón de Infantería de Marina, con bandera y música.

La entrada en el Panteón se verificó por la puerta principal, trasladándose inmediatamente á la capilla, ante cuya puerta se detuvo, cantándose un responso.

Para soportar el féretro en el centro de la capilla, se habia colocado un cañón Nordetenffel en su montaje, formándose artístico trofeo con cañones, proyectiles, bicheros, remos, cabos y armas.

Rodeaban el féretro diez hachones.

La capilla estaba enlutada. En el altar mayor, ante dosel de terciopelo, se habia colocado un crucifijo.

Se celebró la misa del maestro Ledesma.

Después se llevó á efecto el enterramiento, que tuvo efecto en la primera capilla, á la izquierda de entrada, en la que únicamente existe una lápida á la memoria de D. Francisco de Paula Márquez y Roco, Director que fué del Observatorio, y que falleció en Madrid el 8 de Abril de 1886.

Antes de ser depositado el cadáver en la fosa, y presentes todas las autoridades, se entonaron las últimas preces de difuntos con acompañamiento de capilla.

Después, los marineros hicieron descender el féretro por medio de cuerdas al sitio donde ha de reposar para siempre, dando lectura el ilustrado secretario de justicia, teniente auditor D. Antonio Cebreros, al acta levantada, reseñando toda la ceremonia celebrada, documento que firmaron el capitán general, el general jefe de Estado Mayor, los hijos del finado, los jefes de cuerpos, los presidentes de las comisiones civiles y el secretario de justicia ya citado.

Terminó el acto con un breve discurso del capitán general Sr. Churrucá,

encomiando los méritos del ilustre finado, que desde los primeros años se habia distinguido notablemente por sus talentos y por su amor á la Marina, á favor de la cual dedicó sus iniciativas, compartiéndolas con el fomento de las letras patrias, á las que rindió igualmente cumplido culto.

Al rendir nosotros este tributo de veneración al ilustre marino, enviamos el testimonio más sentido de nuestros respetos á los hijos del glorioso finado.



Funciona en el Principal una compañía de zarzuela harto conocida y juzgada por nuestro público. A pesar de esto no le escatima el favor ni los aplausos. Sólo una excepción digna de estima puede señalarse. La joven y bellísima tiple Srta. Teresa Bordás que ha sabido imponerse desde su aparición en escena y es el gran atractivo de la temporada. La Sra. Nalbert es la artista indiscutible de siempre.

EN EL CÓMICO

La Chavala, de Fernández Shaw. López Silva y el maestro Chapí, ocupa lugar preferente entre las obras últimamente estrenadas, y ha llevado al Teatro Cómico rebosantes llenos, logrando ovaciones merecidísimas.

Tiene una partitura, que es una verdadera filigrana, y en la que el autor celebrador de *La Bruja* y de *El Milagro de la Virgen*, ha ofrecido un derroche de inspiración y maestría.

La canción con que *La Chavala* se presenta es sentidísima y bastante á dar nombre á un autor, si el maestro Chapí no lo tuviera tan bien cimentado en el mundo del arte.

Los dos duos de tiple y barítono, pueden competir con los mejores de las más celebradas composiciones musicales; y el nocturno es una página delicadísima, modelo en el género de lírica descriptiva. Si se nos pidiera que con una sola frase, resumiéramos nuestro juicio acerca de *La Chavala*, la escribiríamos así: «es casi una *Menegilda*, luciendo una *toilette* de gran corte sana... ¡Lástima que el libro se aparte algo del alto vuelo emprendido por el maestro!»

De todos modos, *La Chavala* vivirá mucho en los carteles del teatro.

Notas y Noticias

Viajeros

Ha regresado de Filipinas en donde sufrió todos los rigores de la campaña nuestro querido amigo D. Clemente García de Castro que pasará en Cádiz una temporada, acompañado de su señora madre.

Reciban nuestros parabienes.

De paso para Tánger y procedente de Valencia en donde reside hace muchos años, hemos tenido el gusto de saludar á nuestro querido amigo el conocido y notable pintor D. Eduardo Estern Enebra.

En su breve estancia en Cádiz ha expuesto al público dos magníficas



(DE DOMINGO Á DOMINGO)
POR PHILOS.

¡Los últimos repatriados de Cuba! ¡Ya nada resta allí! Fondeó el buque á las ocho de la noche. De una noche sin luna, tenebrosa, oscura, negra. La silueta del barco se destacaba en el centro de la bahía por la claridad sepulcral que escapaba por las escotillas del barco mismo. Llegó á su costado la lancha de Sanidad que conducía á los funcionarios que visitan las naves; con ellos iba el fisco, representado por los carabineros; iba, la policia judicial, representada por sus esbirros; iba la curiosidad, representada por algunos periodistas. Y nadie más. Cada uno cumplió su misión, admitido el buque á libre plática. La policia amarró á unos infelices por supuestos delitos cometidos en naciones extranjeras, ocupóles el equipaje y los envió á la cárcel. Eran españoles inmigrantes que regresaban á la madre patria creyendo que España aun tenia entrañas. Los carabineros quedaron al cuidado de los intereses de la Hacienda. La Sanidad regresó á tierra, certificando no corría peligro la salud pública, dadas las condiciones higiénicas del viaje, de los pasajeros y del barco. Los periodistas tomaron nota de los detalles salientes y corrieron al telégrafo y á las redacciones, á lanzar á los cuatro vientos su información. Todo superficial, externo, á simple vista perceptible.....

Regresaron los últimos soldados ¡pobres muchachos! flacos, desmedrados, sucios, harapientos, sin fuerzas ni aún para emocionarse al pisar tierra española; con asombrosa indiferencia estaban tirados sobre cubierta esperando la voz que les dijera: «levántate y anda».....

Y con ellos venia el personal de las últimas salas de un hospital que fué español. El simbolo del mortal enemigo que tuvimos en el trópico. Venian un médico, siete sanitarios y cinco hermanas de la caridad.

¡Las hermanas de la Caridad! ¡Santas madres, sagradas mujeres, que tras luchas heroicas regresaban á la patria, desfallecidas y abatidas y febriles y tristes, acompañando á los últimos soldados enfermos. Una de ellas, llegaba agonizante. Por la escotilla de la enfermería, en las espirales del vaho caliente y acre que escapaba de aquella atmósfera pesada y repugnante del sollado, subian al cielo rezos y sollozos y carcajadas, que la devoción, la alegría y la pesadilla arrancaba de labios secos y agónicos que no podian articular ya otras palabras, ni otras oraciones que las incoherencias de cerebros enfermos, en los últimos momentos de la vida terrenal.

El resto del pasaje permanecía silencioso, abrumado, melancólico. Todos parecia como que sentian vergüenza de regresar á la península. Cádiz, España, les era indiferente.

En tanto, aqui también pasaba desapercibida su llegada. Y los coches corrían por la calle, á aquellas horas, llevando *juergas* á Puerta Tierra. Y los políticos se preocupaban del resultado de las elecciones. Y el pueblo se estremecía por la cogida y muerte de un torero.....

acuarelas, con asuntos árabes, que han sido justamente alabados por los *amateurs*.

En el express del sábado llegó á Cádiz el popular periodista antiguo redactor del *Diario de Cádiz*, D. Francisco Santomé, que fué cordialmente recibido y agasajado por sus numerosos amigos.

El Sr. Santomé embarcó el domingo en el vapor *Reina Maria Cristina*, con rumbo á Buenos Aires, á cuya República y otras de América le lleva la importante misión de gestionar tratados de propiedad literaria y artística, que garanticen los derechos de los autores españoles.

Defunción

Ha sido muy sentida la muerte del que fué nuestro excelente amigo el Ayudante de obras públicas D. Sixto Terreros (q. s. g. g.) A su desconsolada familia enviamos nuestro más sincero pésame.

Director del Banco

Damos gracias al nuevo Director de la Sucursal del Banco de España en Cádiz, Sr. D. Carlos del Valle, por su

atenta comunicación en que nos participa la toma de posesión de su cargo, ofreciendo su cooperación en cuanto se relacione con la misión que le compete y el testimonio de su consideración personal.

Reciba nuestros parabienes con la expresión sincera del afecto que nos inspira funcionario tan celoso, como inteligente y acreditado.

Diputación provincial

Como consecuencia del último cambio político dejaron la presidencia de la Diputación y la Vicepresidencia de la Comisión, respectivamente los señores D. José Jiménez Mena y D. José Rubio Argüelles, sustituyéndolos en los citados cargos por el sufragio de sus compañeros de Asamblea los Sres. Don Sebastián Martínez de Pinillos y D. Manuel Calderón y Ponte.

Las declaraciones del Sr. Pinillos, sobre sus propósitos en la Corporación han causado excelente efecto en la opinión pública y muchos esperan que ha de imprimir rumbos nuevos á la marcha administrativa del organismo provincial.

SALMERÓN

A LOS REPUBLICANOS

Las elecciones inmundas son las que mantienen el régimen imperante, causa única de los desastres y de la abyección de la patria. Hay grandes fuerzas republicanas. Sólo falta la organización y una severa disciplina para imponer la República, necesaria para la regeneración de España. Trabajemos con viril energía, para lograr este patriótico resultado.

CASTELAR

VERBO DE LA LIBERTAD

Del manifiesto dirigido por Castelar á sus electores de Murcia, reproducimos los siguientes párrafos, que contienen el esencial programa de todos los partidos liberales y son la única fórmula política para los amantes del progreso y de la redención del pueblo español. Al pié de esta bandera se agruparán cuantos amen la Libertad y la Democracia, contra la reacción que nos amenaza. Hé aquí las frases del gran tribuno:

«Ustedes conocen lo que yo quiero y lo que yo no quiero. Yo no quiero los sofismas doctrinarios que amenazan restringir los derechos individuales, tal como los reconoce nuestra legislación vigente, y vulnerar la soberanía nacional. Las violaciones graves del Sufragio universal, yo no quiero el retroceso en las relaciones entre la Iglesia y el Estado, que deben guardarse tal y como las dejó el movimiento de Septiembre, y menos las complacencias serviles con los sectarios del absolutismo y de la teocracia, en armas siempre; yo no quiero un régimen regional, capaz de desmontar el esqueleto y organismo de nuestra patria sin reconstituirlo nunca; yo no quiero la supresión de nuestra enseñanza oficial, pues daría el gobierno materialmente al clero, sumiéndonos en un régimen cuyo despotismo sacerdotal amortizaria desde el espíritu hasta el suelo; yo no quiero la resurrección de clases, incompatible con la igualdad política y civil de nuestra raza, enemiga en lo intelectual del distingo y en lo social de la excepción y del privilegio; yo no quiero esos absurdos conciertos económicos, opuestos á la unidad del Tesoro público, al pago de la deuda nacional y á la desembarazada gestión de los intereses generales; yo no quiero esa política sin políticos y esos políticos sin política, quienes destruyendo toda gerarquía natural, sin lograr arriba un gobierno fuerte, pues nunca lo fué la quebradiza dictadura, extenderían en las clases populares, abajo el desconcierto y el desorden universal.

Yo antepongo y sobrepongo á todo la patria. Tengo tanta fé viva en su vitalidad, que recuerdo la Prusia de Jena, la Italia de Novara, la Francia de Sedán, y creo á España tan poseedora de tales recursos y medios, que podrá sobreponerse á sus infortunios, y recibir para curarse de su descoyuntamiento, causado por largos errores históricos, los efluvios del espíritu moderno, que lleve á sus venas sangre nueva y á sus

nervios nueva electricidad. Yo no pertenezco al número de los que condenan toda religión positiva. Como las amarguisimas aguas del Océano se tornan dulces si son evaporadas en el aire, las acerbidades crueles de la vida humana se disminuyen y dulcifican, si una parte de esta nuestra vida llega por su bien á evaporarse con facilidad en la fé y en la esperanza religiosa. Como hay que reconocer el Estado, como hay que reconocer la Universidad, como hay que reconocer el Arte, hay que reconocer la Iglesia. Y al reconocerla, debe recordársele que su derecho no está en el caso de vulnerar los derechos de los demás organismos sociales necesarios. No tiene sentido común oprimir la ciencia para sostener la Iglesia, cuando cada cual posee su criterio independiente, propio; ésta la fé, y aquella la razón. ¡Cómo se parecen las ideas á las flores! Al beso de la luz diurna y al aliento del aire iluminado, exhalan las flores el oxígeno, el gas de la vida; pero, si las respirais entre tinieblas nocturnas y entre cuatro paredes cautivas, os dan el ácido carbónico, el gas de la muerte. Luz, luz, mucha luz: hé ahí cuanto necesita nuestra patria. Yo para conseguirla mantengo la libertad, como la característica de nuestra especie; la igualdad, extensión de la libertad á todos los ciudadanos en idénticos derechos, y la forma de gobierno congruente con estos dos fundamentales principios, la forma republicana.

Sin embargo, toda sabia conservación me tiene á su lado ahora, mientras toda reacción enfrente. Si el pueblo español quiere acertar con el objeto y finalidad á que lo empuja su destino providencial, no pensaría hoy en otra cosa que en el arreglo de su Hacienda. Todo á esta necesidad suprema debe subordinarse. Y para el arreglo de su Hacienda lo primero que necesita es una sólida estabilidad, y para una sólida estabilidad lo primero que necesita es dejar intactas las bases del derecho y desoir los reclamos de tantos innovadores y aventureros como creen tener á sus males recetas curativas y fórmulas farmacéuticas, cual si el cuerpo colectivo social fuese de una composición tan sencilla como el individual cuerpo humano. Yo pondría á la cabeza del Estado, no un reformador político propenso á retocar y rehacerlo todo, pondría un hacendista dando de mano á las novedades y resuelto á no divertir al público interés de las cuestiones rentísticas. No hay que creer en apocalípticos Mesías, ni en ese mesianismo celeste con que sueñan los pueblos esclavos y poco hechos al gobierno de sí mismos. Castigar los excesivos dispendios; tener los cuerpos administrativos necesarios á impedir las filtraciones económicas; cobrar todo lo impuesto é imponer á todo lo imponible; colocar en série las mejoras para que no se atropellen las unas á las otras y no se malogren ó frustren todas; embargarse del pago de nuestras obligaciones y persuadir al pueblo de que rinde los tributos á sí mismo, á su prosperidad y grandeza, no á una oligarquía de interesados y egoístas explotadores del sudor y del trabajo popular; advenir á la nivelación del presupuesto y arreglar los gastos á las necesidades: hé ahí cuanto necesita la nacional Hacienda, en cuyas entrañas debe plantarse el árbol de nuestra regeneración y esparcirse ó sembrarse los gérmenes de nuestro progreso.»

LOS POLÍTICOS SIN POLÍTICA

Cuando uno se pone á meditar sobre las ideas que han triunfado en España tras la crisis última, no puede prescindir de un profundo sentimiento, inspirado por la extrañeza que produce todo cuanto peca de ilógico, cual pecan los sofismas, y se resiste, como los misterios, á una fundada explicación. La política tiene sus categorías metafísicas, de cuyo imperio no puede ciertamente desasirse como tiene la materia sus leyes, de cuya obediencia no puede por modo alguno escusarse. Todo cuanto es, cumple las leyes del ser, desde los pensamientos que burlan en el espíritu el espacio, hasta los cuerpos que piden una extensión y que pasan en el tiempo. Y si todo cuanto es, obedece á las leyes del ser, todo cuanto se mueve obedece al código de la celeste mecánica, el cual reza lo mismo con las más voluminosas moles que con los más ligeros átomos. Y si todo cuanto es, obedece á las leyes del ser, y todo cuanto se mueve, al código de la mecánica celeste; todo cuanto vive, obedece á las leyes de la química, guardadas lo mismo por el agua con las combinaciones del hidrógeno, gas en el agua predominante, que por el aire con las combinaciones del oxígeno, gas predominante en el aire. ¿Quién ignora ser la vida humana una combustión en la cual absorbe el oxígeno y exhala el ácido carbónico, al revés de la vida vegetal que á los besos de la luz exhala el oxígeno y absorbe el ácido carbónico? El Estado tiene sus leyes, como cuanto existe. Y á la ciencia y conocimiento de esas leyes se le llama Política. Pues bien, aquí, entre nosotros, lo hemos arreglado mucho mejor: prescindimos de la ciencia que Aristóteles denominó Política, por convenir al Gobierno y régimen de las ciudades, y entramos en el Estado, en las leyes, en todo aquello que tiene propia naturaleza y objeto determinado, social, maldiciendo del nombre y del oficio de políticos. ¿Qué diríais de la Universidad sin doctores; de la Iglesia sin sacerdotes; del ejército sin militares; de la Medicina sin médicos; del Arte sin artistas? Pues eso mismo debe decirse de la política sin políticos. Quien maldice de los políticos, como el oráculo de la situación, el ministro de la Guerra, para luego usurpar un alto puesto político, hace algo de aquello que hacen los salteadores llamando ladrón al mismo á quien roban.

Podía importarnos todo esto un bledo, si á cuestión de nuevo nominalismo se redujese. Pero trae aparejadas consigo muchas y muy desastrosas consecuencias. Se necesita ignorar todo cuanto el Gobierno lleva entre manos, para no ver cómo este ateísmo político trae al Estado consecuencias tan graves cual aquellas que trae á la Iglesia el ateísmo religioso y á la filosofía el ateísmo científico. Quien ejerce la política diciéndose no político, se parece á quien, después de haber proclamado la inexistencia de Dios, escribiera un libro de Teología dogmática. El primer error, en que caen los no políticos, está en el menosprecio mostrado por todos sus actos y todos sus proyectos á los partidos, verdaderos elementos de resistencia y conservación y empuje hoy posibles en las sociedades libres y modernas. Cuando había partidos organizados, en ellos brillaba la disciplina que todo lo concierta y ordena. En los gran-

des, y ya muertos, partidos antiguos, cada partidario vivía para todos los suyos y todos para cada cual en el mútuo cambio de servicios inspirados por la fé pura y mantenidos por el combate diario. Unidos en las ideas siempre, y sin pensar nunca en los intereses, inmolaban sobre las aras de un culto común sus fortunas y hasta sus vidas. El órgano de un partido lo era todo entonces, menos una empresa: lo sabía todo, menos la industria y la explotación de sus ideas. Por eso no cortejaba la opinión, la dirigía. Por eso los partidos gozaban en ir al sacrificio buscando á los más dignos, para confiarles su dirección y su gobierno. Llegada la hora del peligro, nadie se ocultaba; más bien sabían ocultarse á la hora del triunfo. La comunidad de creencias juntaba las almas y la suma de almas constituía escuelas de dogmas y ejércitos de acción. Entonces no estaban los partidos compuestos sólo de sus diputados y no había que combatir las disidencias de los que se quedaban fuera del Congreso, aunque con categoría natural de diputados, y con categoría natural de ministros fuera del Gobierno. Así obraron tantas maravillas é hicieron tantos milagros los partidos. Desamortización, que abrió todos los veneros de nuestra riqueza y limpió el suelo patrio de paralíticas vinculaciones y de amortización verdaderamente cancerosa; abolición de la trata y luego de la esclavitud, limpiando las aguas de aquellos tiburones morales, que se llamaban escoria del mundo en los infiernos de la conciencia humana, negreros; triunfos del pensamiento libre, que abrió á todos los pensadores la Universidad y desvinculó de los programas prestablecidos y de los dogmas rutinarios la ciencia; libertad de creer que rompió el viejo calabozo del espíritu, á cuyos vuelos abriera el horizonte de lo infinito; igualdad civil y política; sufragio universal; jurado; derechos de reunión y asociación que tantos recursos guardan á las clases jornaleras y tanto centuplican las fuerzas individuales; todo esto se debe á los partidos con sus oradores, con sus publicistas, con sus apóstoles, sus gobernantes, sus muchedumbres, todos creyentes y todos capaces del combate y del martirio.

Comparad esto con la manera de formarse ahora los partidos y vereis cuánta y cuán enorme diferencia. Los partidos de ahora caben dentro de una casa porque se forman de deudos, y apenas componen una familia, quien cree al Estado su propiedad y su patrimonio. La fracción hoy predominante sobre nuestra patria y directora de nuestra política se ha formado así. Por de pronto, como no tenían carácter político sus partidarios, estaban en el caso de sumarse á ellos todos los españoles, fuera cual fuese su doctrina, su procedencia, su historia. El jefe había salido de su larva como el doctor Fausto de su vejez, por haber entregado su espíritu al demonio de la reacción, y lo mismo podían hacer sin empacho ni escrúpulo sus discípulos. Antes se convertían las cañas de los torneos en lanzas de los combates; ahora una vara de medir se trueca en arma política. Los productores agrícolas forman una clase, vinculando en sí la producción, como si no produjesen todos los que trabajan, y se les ocurre una gran cosa, con lo cual habrán quedado descansadas sus cabezas; pedir que se conserve de nuestras antiguas colonias la isla de

los ladrones para expedir allí todos los políticos. Así el nuevo Congreso quedará compuesto por los tresillistas del General; por aquellos á quienes diera en sus campañas mercedes enriqueñas y ascendiera en tres ó cuatro grados; por los compañeros de una cacería en las dehesas andaluzas ó de una peregrinación en las montañas navarras; por los parientes y afines sin excluir los hermanos de leche; por los que presintieron las dotes de gran estadista guardadas en el ignorado caudillo; por todos los que muy honrados y muy buenos, pero incapaces en política, según su propia confesión, han sustituido una religión personal á las tradicionales y gloriosas religiones políticas. Y en este derrumbe de lo alto, en este fraccionamiento de lo grandioso, en este olvido de la historia, en esta máquina neumática donde se apaga el ideal, brota una reacción hácia la Edad Media. Son órganos oficiales de un partido que se llama liberal sus excomulgadores; pululan las órdenes monásticas con sus antiguos pujos políticos; la región feudal surge, como si estuviéramos en tiempos de las horcas y de los cuchillos; pretende privilegios la Universidad que se llama de Oñate, con lo cual no puede hoy engañar á nadie; crece la Universidad del Escorial con sus dogmas agustinos, tan semejantes á los dogmas del fatalismo mahometano y de la gracia luterana; el gremio busca sus perdidos privilegios; la clase sueña con sus acabadas jerarquías, se quiere la explotación de los Estados para oligarcas sin méritos y sin capacidad; todo respeto se pierde; toda organización se desorganiza; con pretexto de los convenios económicos se niegan los tributos y se amenaza la deuda y se prohíbe toda recompensa natural á los buenos servidores del Estado; proponiéndose tal número de medidas absurdas y contradictorias, so color de reformas, que mientras arriba renace con todos sus horrores un amago de absolutismo, abajo se dilata la más punible anarquía.

EMILIO CASTELAR.



Bocinazos y Tocatas

El Sr. D. Ramón Nocedal, en su campaña propagandista por Andalucía, ha pronunciado elocuentes discursos en Sevilla, Jerez, Cádiz y el Puerto.

En todos lados ha sido muy aplaudido, incluso en nuestro Teatro, pero firmemente en ninguno ha conseguido sumar un prosélito al integrismo.

Por lo menos en Cádiz no ha convencido.

Gustó su exordio de elocuencia barata, porque á nadie le disgustan los pipos y zalamerías.

Pero en sus lecciones de Historia resultó poco verídico y un *tantico cursi*.

Estuvo verdaderamente desdichado, como hombre de convicciones, pues le faltó valor para arrostrar una pita.

Que de fijo se la otorgan si extrema la tesis del integrismo.

En Cádiz no puede agarrar esa semilla.

Al fin se ha reorganizado el Ayuntamiento con elementos de distintos matices que han cubierto las vacantes producidas por renunciaciones, á consecuencia de la agitación de los *comisionados*.

Algunos nombres evocan recuerdos de luchas y campañas periodísticas famosas.

Ciertas personas no soñarían jamás con ser recibidas en la Sala Capitular con palmas y entusiasmos delirantes.

El chispeante *Cádiz Alegre* ya vuelve á tener tema para sus sátiras.

Pero esta situación durará poco.

Las sorpresas vendrán luego.

Cuando se constituya el Ayuntamiento definitivo, y empiece la obra de la regeneración.



Lecturas Útiles. (1)

PENSAMIENTOS Y SENTENCIAS.

De las causas, vicios y pasiones en general.

Tales son los secretos de la naturaleza, que parece que cuanto más se estudian ménos se saben.

Cuando agujoneado el hombre por el sentimiento de investigación, desee hallar luz en un asunto cualquiera, noble y digno, valiéndose para conseguirlo de la deliberación razonada y justa, jamás debe entablar ésta con aquellos individuos cuya buenísima fé en la discusión no esté altamente probada, ni con aquellos que tengan espíritu de contradicción, ó que en vez de discutir cuestionen; porque en tal caso, en vez de hallar luz, hallará sombra.

Son á veces los casos de la vida tan inciertos, que, en la duda, vale más perdonar á un criminal que castigar á un inocente.

Cada natalicio de una nueva idea, es un simoun de la sociedad que la barre de caducas y perjudiciales preocupaciones, engendradas por las rancias doctrinas del pasado, y viene siempre á demostrar que son más los sabios tontos, que los tontos sabios.

El hombre, tal vez fundándose en que no se le consulta para venir á la existencia, se despoja de ésta cuando le resulta una carga pesada y superior á sus fuerzas; pero entiendo, que el suicida retrocede en el espacio de la vida.

(1) Del libro titulado

PENSAMIENTOS Y SENTENCIAS

POR

Don JOSÉ MENDEZ Y FRANZÓN.

Precio: TRES Pesetas.

De venta en las Librerías de Ibañez, Romero y Morillas.

Tipografía y Litografía J. Benítez, Marqués del R. Tesoro, 8.

SIN RIVAL ANÍS DE LA O

¡¡GRAN SUCESO!!



Señores: Tengo el honor de ofrecer á Vds., con galantería de artista renombrado,

El único **ANÍS** recomendado en todo el mundo, que es un magnífico **ANÍS DE LA O, SECO** para MATAR EL GUSANO por las mañanas, y es el mejor **ANÍS DE LA O, DULCE**, para postres, como digestivo, y que representa en Cádiz

D. Andrés González,

Consulado Viejo, 10.

que lo tiene también á disposición del público en los principales establecimientos y en el Depósito de Vinos embotellados de Garvey, Columela, 16.

He dicho. (Aplausos)

PÍDASE VINO DE GARVEY

En las Cervecerías, Restaurants, Tiendas y Establecimientos más renombrados.

El único vino de Jerez que alegra y no embriaga, que nutre y no se indigesta, que gusta y no cansa.

AMONTILLADO FINO.

AMONTILLADO PASADO.

JEREZ OLOROSO 1850.

Tres marcas sin rival en su clase.

PÍDASE, PÍDASE, PÍDASE, PÍDASE siempre Vino de GARVEY.

Depósito de Vinos embotellados de GARVEY.

COLUMELA, 16.

ALMACENES de HIERROS y ACEROS, de Luis de la Torre.—Calle Doblones, número 17.—Cádiz.—Completo surtido de dichos metales en platinas, ángulos redondos, cuadrados, flejes, chapas, VIGUERÍA, lingotes, etc. etc.

PLATO CLÁSICO.

Se sirve **MENUDO Á LA ITALIANA**, por un afamado cocinero, los Domingos en el **Restaurant Gaditano**, PLAZA DE SAN ANTONIO Y VEEDOR.

CENTRO JURÍDICO-ADMINISTRATIVO-COMERCIAL

DIRIGIDO POR EL

ABOGADO Y CATEDRÁTICO DE LEGISLACIÓN MERCANTIL

EN LA

ESCUELA SUPERIOR DE COMERCIO DE CÁDIZ,

D. JOSÉ MARIANO MILEGO É INGLADA.

ALAMEDA DE APODACA, 14, 1.º

Cooperación de distinguidos *Letrados y Procuradores* para ventilar toda clase de *asuntos judiciales y administrativos*, en cualquier instancia.

Representaciones, cobro de créditos y administración de fincas, con regulación módica de premios de comisión.

Sección especial, para asuntos comerciales, á cargo de *Peritos y Profesores mercantiles*.

Conferencias diarias privadas, libros y apuntes, como preparación para ciertas *Carreras especiales*, y para la *Licenciatura en las Facultades de Derecho y Filosofía y Letras*.

Hotas de consulta; Todos los días hábiles, de 10 á 12 de la mañana y de 4 á 6 de la tarde.

Alameda de Apodaca, 14, 1.º—CADIZ.

MANIFIESTO DE CADIZ

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En Cádiz	Un mes.	1	Pesetas.
	Trimestre	2	50
	Número suelto	0	25
Fuera de Cádiz.	En la provincia y resto de España.—Semestre	6	
	Año.	10	
	Extranjero y Ultramar.—Año	15	